

BAJO LAS ESCAMAS

Umbra

IBAR-16: ABF.AA25.5E76.8145

Título de obra: Bajo las escamas

Género: Pintura Literaria (14)

Estilo: Contemporáneo(01)

Medio: Óleo (03)

Autor/a: Renea de Dorot (919)

Entrada: "No hay nada en el mundo que genere tanto pavor sin motivo que los dragones.

Según los An'Kaets, expertos en la materia, lo que un dragón haga al hombre, obedece a lo que contra él mismo se ha ganado".

Kareón escuchaba por todas partes los tintineos de las copas chocando entre ellas durante el brindis. Él bebía la suya en una esquina solitaria de la carpa. Pensó en cómo reaccionaría aquel hombre cuando le dijese que después de dos meses enteros, el dragón aún seguía con vida.

No había sido nada sencillo. Las rutas de vuelo, las apariciones y los descansos del monstruo parecían hechos a medida para frustrar sus planes y adulterar sus predicciones. Como si fuese consciente de él y sus intenciones.

Iba a esperar unos minutos más antes de mostrarse ante él, pero sabía que no podía invertir mucho tiempo en ello.

Dió un último trago a la bebida. No era de su agrado. Estaba acostumbrado a sabores más dulces y tenues, pero con el tiempo había aprendido a soportar el vino fuerte y amargo que consumían en la periferia rebelina.

Cuando el procurador empezó a hacer amagos para separarse del numeroso grupo de gente que lo rodeaba, Kareón dejó la copa en una de las bandejas de la mesa y lo siguió hacia un costado para abordarlo antes de que se ocupara de nuevo.

—Cazador —dijo el hombre al verlo.

—Ilustrísimo —respondió Kareón con una ligera inclinación del torso—. Me complace tenerlo de vuelta.

Kareón sospechaba que el procurador le sacaba varios años. Quizá unos diez por ejemplo. El hombre era casi igual de alto que él, pero mucho más delgado y con extremidades de una longitud excesiva. Tenía un rostro largo y cuadrado con las mejillas algo hinchadas y los ojos diminutos como pasas. En su cabeza, los hilillos blancos daban a la masa de cabello cresgado un aspecto viejo y polvoriento.

El procurador dejó salir un largo suspiro mirando al cazador.

—Demasiadas formalidades—dijo—. Que sigas aquí solo puede significar una cosa. ¿O me equivoco?

Eso lo hacía más fácil.

—Es como sospecha, soberano. El monstruo sigue a sus anchas surcando sobre los prados. He cubierto gran parte de la zona, pero sigue habiendo mucho campo y me temo que llevará algo más de tiempo.

—No hay más tiempo, cazador. —Levantó su copa y bebió lo último que quedaba en ella—. Esperaba mucho más de alguien que presume de las viejas pintas del duque y que anda al lomo de un corcel de su establo. —El hombre miró hacia alguien detrás de Kareón y levantó la copa en forma de saludo—. Retírate. Enviaré a alguien al medio día para que reciba la cabaña. Ya veremos cómo lidiar con el asunto.

El procurador se fue caminando hacia un grupo de invitados, dejando a Kareón plantado solo en el lugar.

El trato rozaba el irrespeto, pero no era extraño cuando se trataba de gente como esa. Y aún así, cada vez que hablaba con él, una llama tímida y agitada se encendía dentro su pecho. La llama le hablaba, le ofrecía oportunidades y le comunicaba sus pesares y sus deseos. Era como un pequeño demonio tratando de hacerlo caminar por la cuerda floja tendida sobre el precipicio.

Y en el último tiempo, había empezado a ver la cuerda con buenos ojos.

La luz de Sladren'Sha caía sobre los cuerpos desnudos de Estehira y Kareón. La calidez que se transmitían el uno al otro con cada roce sobre la piel, mitigaba un poco el frío de las aguas blancas de la laguna.

Kareón rodeó a Estehira con sus brazos atrapándola en un beso apasionado.

No tenía que terminar de esa forma.

Su lugar en el mundo no era asesinando bestias, como tampoco lo había sido en la guardia ducal. Su lugar era junto a ella, Estehira Belcantre, la mujer del procurador.

Estehira no forcejeó para zafarse del agarre de Kareón, y los sutiles movimientos de sus labios y su lengua le sugerían que en algún lugar muy dentro de ella, rondaba un pensamiento parecido al suyo. Estehira aceptaba con creces sus besos y su toque.

El cazador la liberó de su agarre.

El cabello dorado de Estehira, oscurecido por el agua, flotaba alrededor de ella en la pantalla blanca de la superficie. Su piel adoptaba los tonos azulados de la gran luna que devoraba el cielo en el horizonte. Desde el mentón hasta la sien, conservaba esa expresión impasible que la caracterizaba. Con sus labios carnosos y curvos formando una línea recta entre ellos, y sus ojos que permanecían abiertos a medias.

—Solo vete —le dijo a Kareón—. Tu espalda no es tan grande para hacerte cargo de las consecuencias.

El viento sopló una bocanada de aire frío que volvió a encender los pétalos de las flores que flotaban en el lago. La reacción desprendía un suave aroma que purificaba el aire del bosque.

—No siente nada por ti. Creyó que podría aprovecharse de tu juventud, y ahora que conoce tu condición, te oculta de las multitudes y te aísla en este lugar. —Kareón la tomó de las manos y miró directo a esos ojos que siempre parecían penetrar profundo dentro de él—. ¿Vivirás toda tu vida a su conveniencia?

—Debo recompensarlo—respondió ella—. Es el único con el poder y la determinación para permitirme seguir llevando esta vida.

»Recuérdalo, cazador. Llevo a su hijo en mi vientre.

La frialdad con la que lo miraba mientras decía en plena calma esa vil mentira hizo que sus emociones cedieran terreno. Pero ya estaba hecho, el proceso no iba a detenerse.

La visión de Estehira empezó a emborronarse. Los árboles empezaron a ondear de un lado al otro como lo hacían en el reflejo de los bordes del lago donde el agua era cristalina. La línea del horizonte era un rumbo de curvas violentas que se movían como el oleaje del mar. Al final, cuando el cuerpo dejó de responderle, cayó hacia adelante, a merced del cazador.

Las sacudidas la despertaron. Yacía sentada sobre la montura de cuero de un caballo, vestida con sus ropas y con una capa de tela gruesa puesta por encima. La capucha le bailaba en la cabeza con cada paso del equino.

Unos brazos pasaban al lado de sus hombros sosteniendo las riendas que mantenían al animal dentro del camino. Mientras sus manos se congelaban por el frío, en su espalda sentía la calidez que desprendía el pecho del jinete.

Se sentía aturdida, pero poco a poco pudo empezar a mover la cabeza y dirigir la mirada hacia adelante, donde las sombras oscuras de una cordillera separaban la tierra del manto negro de la noche.

La maleza que crecía a los lados del camino no era la de los prados, verde y recortada por lo bajo, sino que era hierba alta y carmesí que crecía sobre tierra seca. La llanura roja parecía extenderse varios cientos de kilómetros a la redonda hasta chocar contra el bosque a la izquierda, las montañas a la derecha y, a juzgar por la presencia de sarinelas que brillaban como puntitos fluorescentes en el aire, también con un cuerpo de agua en alguna parte.

El viento soplaba poco en esas tierras y los aromas entremezclados en el ambiente no parecían tan distintos al olor del aire que se respiraba en los prados.

—No esperaba que despertaras esta noche —dijo Kareón.

Estehira permaneció en silencio.

—No puedo imaginarme lo que pasa por tu cabeza. Estarás confundida, o incluso tal vez enojada. Creía ciegamente que te entendía tanto como tu pareces entenderme a mí. Pero soy humano. No hay otra cosa que pueda hacer mejor que devanarme los sesos para cuestionar la verdad. Y aún así, tengo la certeza de que jamás habría podido convencerte.

»Veía las señales, esas que nadie más sería capaz. Debería haber aceptado tu voluntad, lo sé. Sin embargo, no soy capaz de hacerlo. No en este momento.

Estehira apoyó sus manos en el lomo del caballo, miró hacia el suelo a un costado y empezó a vomitar.

—¡Estehira!

Kareón detuvo el caballo y bajó rápidamente a atenderla.

Su rostro había perdido el color, las pupilas de sus ojos se veían dilatadas y un sudor frío le recorría la frente mientras seguía dando arcadas y soltando vómito a los pies de Kareón, que reconoció una mancha oscura sobre el líquido derramado.

Estuvieron un largo rato detenidos mientras Estehira mejoraba.

Cuando se estabilizó un poco, Kareón se le acercó desde el otro lado, la rodeó por el abdomen con los brazos y posó la cabeza sobre su pierna.

—Descuida, todo está bien. Estamos bien. Cuándo lleguemos me haré cargo de todo, no te preocupes. Voy a solucionarlo.

Más adelante, el camino se adentraba en una pequeña arboleda. Los árboles eran de tronco robusto, con ramificaciones complejas que se desprendían de ellos desde las que brotaban hojas grandes del color del azafrán formando un techo sobre el camino. La maleza ahí era más baja, parecida a la de los prados, pero solo por eso. Seguía siendo de ese mismo color rojizo tan extraño con tierra gris compactada por debajo.

Kareón bajó del caballo y lo ató sobre la rama de un tronco caído entre los árboles antes de ayudar a Estehira a bajar de la montura.

Parecía fuera de sí. Las sombras tal vez no ayudaban, pero su cara lucía más angulosa que de costumbre, con las mejillas hundidas resaltando los pómulos y la mandíbula; la mirada perdida, dirigida a la nada absoluta; y con la piel pálida en exceso. El suyo era un rostro cadavérico.

La cargó en brazos, y la sentó contra la base de uno de los árboles cercanos. O mejor dicho, la sentó entre sus piernas, con la espalda contra su pecho, mientras él se apoyaba contra el tronco del árbol.

Ahí empezó a acariciar el rostro de la mujer con su mano. La pasaba por su boca, palpando la carne de sus labios con la yema de los dedos y con la punta rozando su dentadura bien formada; pasaba a sus mejillas, suaves al tacto como un par de algodones, y terminaba el recorrido en su rostro sujetando el mentón entre las falanges de sus dedos.

Le quitó la capucha y apartó a un lado su melena de oro.

Recorrió con sus labios el cuello de Estehira hasta dónde el vestido se lo permitía.

Cuándo vio que no habría respuesta alguna por parte de Estehira, decidió parar.

Por muy clara que fuese la respuesta, se debatía si aquella falta de reacción se debía a los efectos de la droga o a su propia determinación.

Kareón suspiró.

—¿En qué guardas tu esperanza? —preguntó.

De pronto, Estehira empezó a temblar sobre él. Kareón se alarmó al instante. Sin embargo, solo era ella luchando contra su cuerpo entumecido para responder a la pregunta.

Encogió los hombros.

Kareón metió la mano en su bolsillo y sacó un envoltorio de tela. Al abrirlo reveló varios tubos transparentes tapados con corcho. Varios de ellos contenían una sustancia oscura que burbujeaba. Tomó uno y lo cambió por el que guardaba en el camión.

Quedaban ocho más para el resto del camino hasta Zalidres.

Buscó la llave de su habitación y abrió la puerta. Sus preocupaciones se despejaron al ver la escena.

La luz naranja del portaluz entraba por la ventana del fondo y caía directo sobre la cama, justo encima de Estehira.

Estaba sentada al borde del lecho vistiendo la bata que había comprado para ella.

—Justo a tiempo —dijo él—. Traje algo para ti.

Soltó sobre el escritorio frente a la ventana una bandeja con dos platos repletos hasta arriba de estofado caliente.

—Ven —dijo tendiéndole la mano.

Ayudó a Estehira a levantarse. Había perdido menos peso del esperado durante el viaje, pero sus huesos y músculos aún necesitaban más actividad para volver a fortalecerse después de tantos días de inactividad a la intemperie.

Kareón se sentó junto a ella mientras le daba de comer.

Había estado mejorando durante los últimos días. Las comidas y las duchas de esa semana le regresaron el brillo perdido. Su cabello poco a poco volvía a lucir como la prenda de hilos dorados que siempre había sido y su expresión poco a poco volvía a ser la de antes.

El cuerpo de Estehira asimilaba la droga más rápido de lo que creía y cada vez le afectaba menos. Kareón sabía lo peligroso que era eso. Contando la que tendría que darle esa noche, sólo quedaban tres dosis. Estuvo buscando en el pueblo, pero ni siquiera los contrabandistas sabían dónde conseguirla.

«Resuélvelo, Kareón. Se te acaba el tiempo», se dijo a sí mismo.

Cuando Estehira terminó de comer, la llevó en brazos hasta la cama. Metió la mano en el camisón y sacó un tubo transparente. Lo destapó y se lo llevó a la boca, dejando caer el recipiente vacío en el suelo.

Se sentó al lado de la cama junto a ella y la besó.

No tardó mucho en caer dormida.

Empezó a planear cuál sería su siguiente movimiento con el mapa en la pared de la estancia.

«A buen ritmo llegaríamos en cuatro días a Zalidres, puede que tal vez tres. No habrá más paradas a partir de aquí. Seguro que en Zalidres alguien puede hacer algo. Los brujos deberían poder arreglar esto. Sí, estoy seguro. Solo debo...»

Tocaron la puerta.

Los pasos de varias personas se acercaban también, y otros más después de esos.

Kareón temía lo peor.

Caminó con paso ligero hacia la ventana y lo vió. Aparcado frente a la posada. Era el carruaje del procurador, acompañado de otro que conocía muy bien.

Un carruaje de la guardia ducal.

Tocaron de nuevo la puerta, esta vez con más fuerza, y Kareón sabía de primera mano lo que pasaría si no respondía tras un tercer llamado: “Tres y adentro”, decían los oficiales en la guardia.

Tenía que actuar rápido. Como pudo, levantó a Estehira y le puso la capa por encima antes de cargarla. Tomó la bolsa con sus cosas y entonces decidió que sólo había una salida.

Llamaron a la puerta por tercera vez.

Se subió a la mesa donde estaban todavía los platos del estofado, y con Estehira al hombro, saltó contra el cristal de la ventana.

Fragmentos de vidrio volaron hacia afuera del marco junto a Kareón.

Cuando cayó, escuchó algo crujir dentro de él, pero no sintió nada. Dió un vistazo rápido a Estehira, que seguía en un sueño profundo, pero se topó con algo más.

El procurador lo miraba desde su carruaje con una sonrisa burlona en el rostro.

Enseguida llegaron los gritos desde el marco de la ventana rota.

Kareón echó a correr. Necesitaba rodear el edificio para dar con el caballo. Cuando llegó, subió rápidamente a Estehira encima del lomo del animal y se apresuró a desatarlo.

—¡Se acabó! —gritó alguien detrás de él.

La lanza del soldado se clavó sobre el muslo. Había ido directo a inmovilizarlo.

Kareón se dio la vuelta y le dio un cabezazo al soldado que lo hizo retroceder. En cuanto soltó la lanza, se la arrancó de la pierna y la atravesó en el abdomen del soldado.

Alcanzó a subirse al caballo cuando aparecieron otros tres hombres más desde el mismo lugar que el otro. Pero era muy tarde. Kareón hizo que el caballo galopara hacia la cerca contraria a la posada y luego lo hizo saltar.

Cayeron del otro lado y el caballo siguió galopando hasta perderse en el campo de trigo infinito.

A la luz de la fogata, las emociones de Kareón se desbordaron, lo que se tradujo en sollozos y gritos.

El par de dosis con las que contaba para intentar llegar a Zalidres no estaban en el saco. Había dejado la tela con los tubos en la posada.

Apenas podía caminar con comodidad. Había tenido suerte, la hoja de la lanza había comprimido el vaso, pero si no trataba la herida no aguantaría otro día más. Había improvisado una venda con tela del vestido de Estehira, pero eso no bastaba.

También estaba el dolor en el tórax. Apenas podía soportarlo con cada paso que daban a caballo. Su cadera y las costillas habían pagado el precio por la caída desde la ventana.

Recibió un golpe de realidad en medio de la crisis. ¿Qué era lo que estaba haciendo?

Recordó su tiempo en la guardia. Los momentos buenos al lado de sus compañeros, y también los malos, que eran los más numerosos. Recordó el vacío que sintió cuando se

enteró de que lo daban de baja. Estaba perdido. Una vida entera dedicada a hacer una buena carrera arruinada por un acto irresponsable del que era completamente culpable.

Y cuando al fin parecía que encontraba la estabilidad como cazador, estaba dispuesto a mandar todo a la basura por... ella.

«Por amor Kareón. Es amor»

Eso en su pecho tenía que serlo, no había lugar para otra cosa a esas alturas. Ese anhelo de que el esfuerzo realizado fuese correspondido con el pleno convencimiento de que lo hecho merecía que se le diese su valor.

«Hay que terminarlo. Sí, es perfecto. Tal vez no sea Zalidres, pero es mucho mejor»

Miró al cielo con una sonrisa enloquecida de oreja a oreja en el rostro y gritó:

—¡Estehira Belcantre, te mostraré cuánto te amo!

Era la quinta vez que despertaba sobre el lomo del caballo. El cansancio generalizado y la confusión en su cuerpo era ya mínimo. Casi estaba lúcida.

Miró al cielo con rapidez. La oscuridad se mantenía. Buscaba la posición de Sladren'Sha en lo alto, pero no se hallaba por ninguna parte. Solo caía sobre ellos la luz débil de las estrellas en el firmamento.

El camino era rocoso, con grandes pedruscos que lo encerraban a lado y lado como una trinchera.

Llegaron al final del camino. Aquello era un cráter de gran diámetro con caminos que descendían por sus laterales. El caballo tomó el más cercano.

El fondo era una llanura pedregosa con algún que otro hundimiento algo profundo. Púas gruesas de blanquecita ardiente emergían del suelo como colmillos con sus puntas elevándose metros por encima de la superficie en todas partes.

Las grandes piedras como pilares calentaban el aire hasta temperaturas extremas.

A pesar de las condiciones en ese entorno opresivo y desolado, Estehira recuperaba poco a poco el pleno uso de sus facultades. El calor que abrasaba su piel no la quemaba. Aquello era como un masaje sobre sus músculos fatigados.

Se agudizó su conciencia del entorno. Estudiaba con obsesión enfermiza cada esquina del gran cráter, detallando el cúmulo de posibilidades que ofrecía su geografía.

El estómago de Estehira se retorció en su interior.

Estaba hambrienta.

Los latidos de sus dos acompañantes sonaban como el eco de dos tambores en su cabeza.

El caballo empezó a relinchar y sacudirse como loco. Empezó a correr entre la blanqueacita. Harto de todo, se encabritó y el peso de Estehira sobre Kareón hizo que ambos cayeran al suelo mientras el caballo corría desesperado lejos de ellos.

El cuerpo de Estehira estaba en llamas, como si estuviera abriéndose una gran abertura dentro de ella que por fin iba a dejar salir lo acumulado.

Sus ojos se movían a lado y lado a una velocidad impensada.

Estaba hambrienta.

Muy hambrienta.

Perdió el control. Los pensamientos se pausaron en su cabeza. Su mente solo daba paso a los estímulos y sensaciones.

El aire caliente, la afable blanqueacita, los latidos y el olor de la sangre.

Sangre. Sangre.

Estaba hambrienta.

Muy hambrienta.

Hambrienta de carne.

Sedienta de sangre.

Sus huesos se desfiguraron y tomaron una nueva configuración en torno a los músculos que se hinchaban más y más. Empezó a ganar tamaño. Las escamas cubrieron rápidamente su piel como fichas de juego dándose vuelta sobre la mesa. El cráneo se alargó

hacia el frente igual que lo hizo su cuello con la misma longitud de la cola larga que nació por detrás. Sus brazos y piernas se volvieron patas gigantes de las que zarpas afiladas asomaban desde cada uno de los dedos. Los ojos se volvieron enormes, con la forma de la hoja de una daga. Su nueva mandíbula estaba hecha de una extensa sierra dentada hecha para morder y desgarrar.

Kareón se puso en pie ante la bestia.

Cuándo fijó sus ojos en él, el dragón inclinó su cuello hacia adelante y soltó un largo alarido que lo hizo retroceder.

Seguía sosteniendo con una mano la tela sobre el muslo, mientras que con la otra en el torso trataba de calmar su dolor.

Caminó hacia su bolsa y sacó un tubo plateado del que se extendieron dos varas a lado y lado, ambas con cuchillas en las puntas. Desató el nudo que ataba la tela a su pierna y dejó el resto a la adrenalina del momento.

Ignoró el dolor.

Obvió la amenaza.

Y con todas sus fuerzas, abrazó su esperanza en el amor.